

que tengan partido, con lo cual vienen á ayudar á la inteligencia por medios intelectuales, lo mismo que procuran, cuando es necesario, desarrollar las caderas y el pecho de las jóvenes. Conviene advertir que vengo refiriéndome á la atracción instintiva, inmediata, que da origen á las pasiones amorosas. Aparte de esto, claro es que una mujer inteligente é instruída apreciará las cualidades intelectuales del hombre, y que el hombre, por prudencia y por reflexión, estudiará el carácter de su futura y lo tomará en cuenta. Pero no tratamos de esto, que se refiere á la parte que toma la razón en los matrimonios, pues no es este el origen de las grandes pasiones, que son al presente nuestro objeto.

Hasta ahora hemos considerado las condiciones *absolutas* de aplicación general; pasemos ahora á las *relativas*, que son individuales, por cuanto tienden á corregir algún tipo defectuoso de la especie, á rectificar las desviaciones de este tipo que existen en la persona misma que realiza la elección amorosa y á restablecerle en toda su pureza. Cada cual prefiere lo que le falta. Partiendo de una determinada conformación individual, y tendiendo, como tiende, á producir otra determinada conformación individual, la elección basada en estas consideraciones relativas será mucho más certera, más precisa y más exclusiva que aquella que se guía por las consideraciones absolutas de que ya hemos dado idea. En la primera elección suele estar el origen de los amores verdaderamente apasionados, mientras que la segunda producirá inclinaciones menos firmes y menos raras. Por eso las bellezas regulares y perfectas no son las que encienden las grandes pasiones. Para que nazca una de estas pasiones se necesita que se produzca un fenómeno que puede expre-

sarse por medio de una metáfora tomada de la química: los dos amantes deben neutralizarse como un ácido y un álcali se combinan para formar una sal neutra. Las condiciones más esenciales para ello son las siguientes: primera, toda sexualidad implica especialización del sexo, la cual es más ó menos acentuada y perfecta, según los casos, y en cada ser humano podrá completarse y neutralizarse con el concurso de un individuo determinado del otro sexo, mejor que con otro alguno, pues cada organismo unisexual necesita del organismo unisexual opuesto, para restablecer la integridad del tipo humano en el hijo que va á ser engendrado y cuya constitución es el fin que se persigue. Los fisiólogos saben que el sexo masculino, como el femenino, admiten innumerables grados, al través de los cuales el primero puede descender hasta el repugnante ginandro y el hipospadias, y el segundo elevarse hasta el más provocativo andrógino; ambos pueden llegar al hermafrodita perfecto, estado de aquellos individuos que, ocupando un lugar intermedio entre ambos sexos, no pueden ser clasificados en uno ni en otro, y son, por consiguiente, impropios para la reproducción. La neutralización recíproca de que hablamos exige que al grado preciso de lo masculino en el varón corresponda otro grado preciso de lo femenino en la mujer, para que ambas naturalezas unilaterales se compensen. Por virtud de este principio, el hombre más varonil prefiere á las mujeres más femeninas, y viceversa, pues todo individuo aspira á encontrar el grado de sexualidad que corresponde al suyo. El instinto es lo que permite al hombre y á la mujer adivinar hasta qué punto existe entre ellos la relación requerida, y este sentimiento instintivo, unido á otras consideraciones relativas, es lo que da ori-

gen á los grandes amores. Lo que los amantes suelen llamar patéticamente la armonía de sus almas, no es, por lo general, más que esa conveniencia recíproca relativa á la conformación perfecta de la prole. Y es evidente que esta conveniencia es mucho más importante que la armonía de las almas, tanto más cuanto que después del matrimonio esa armonía no tarda en convertirse en una completa disonancia.

Complemento de esta primera consideración son otras que se derivan de que cada cual procura neutralizar por medio de la persona amada sus propios defectos, sus debilidades ó sus desviaciones del tipo de la especie, á fin de que no se perpetúen en sus hijos, ni se agraven hasta el punto de constituir monstruosidades. Cuanto más débil sea la fuerza muscular en el hombre ó en la mujer, con más empeño buscarán el vigor en su pareja. La estatura es también una consideración importante; á los hombres bajitos les gustan las mujeres altas y viceversa, y esta inclinación será más acentuada en un hombre de corta estatura, si descende de un padre alto y su exigua estatura se debe á la influencia materna, pues entonces habrá heredado de su padre un aparato circulatorio y una energía suficientes para alimentar de sangre á un organismo corpulento; si, por el contrario, su padre y su abuelo eran bajos, esa inclinación será menos acentuada. La antipatía de las mujeres altas por los hombres que también lo son, depende de que la naturaleza quiere evitar la procreación de una raza de gigantes, puesto que las fuerzas que podría aportar la madre serían insuficientes para asegurar á la prole una vida dilatada. Si venciendo este sentimiento íntimo se contrae un matrimonio de esta clase para no ofrecer en sociedad el espectáculo de

una pareja desproporcionada, los hijos expiarán este error.

La complexión da origen igualmente á preferencias bien marcadas. Los rubios preferirán siempre morenas ó castañas, pero rara vez ocurrirá lo recíproco; pues los cabellos rubios y los ojos azules constituyen ya una variedad de la especie, casi una monstruosidad análoga al albinismo del ratón ó por lo menos al del caballo blanco. Los rubios no son indígenas de ninguna de las partes del mundo, ni de las mismas regiones polares, con la sola excepción de Europa. Su origen es evidentemente escandinavo. A propósito de esto diré de pasada que á mi parecer la coloración blanca de la piel no es natural en el hombre; creo que en los orígenes la piel de los primeros hombres debió de ser negra ó morena, como la de los autores de nuestra raza: los indios. El hombre blanco no es un producto directo de la naturaleza, y en mi opinión no existe una raza blanca, sino que el hombre ha ido blanqueando por decoloración. Rechazado poco á poco hacia el Norte, zona para él extraña, vive como una planta exótica y como éstas pasa los inviernos en estufas; así es como en el curso de los siglos su coloración ha llegado á ser blanca. Los gitanos, raza india que inmigró entre nosotros hará unos 400 años, presentan el tránsito de la complexión de los indios á la nuestra (1). En el amor sexual la naturaleza tiende á volver á los cabellos y los ojos de color obscuro, es decir, al tipo primitivo; pero el color blanco de la piel se ha convertido en una segunda naturaleza, aunque no hasta el punto de que la piel bronceada de los indios nos inspire repugnancia.

(1) Para más pormenores, véase *Parerga*, VII, 592.

Cada uno de los amantes busca hasta en los pormenores de la constitución corporal el correctivo de sus propios defectos y de sus desviaciones del tipo de la raza, y lo busca con empeño tanto mayor, cuanto más importante sea el detalle de que se trate. Los romos se enamorarán de las narices aguileñas y de pico de loro, y lo mismo ocurrirá con las demás partes del cuerpo. Podrá darse el caso de que hombres de alargado esqueleto y formas escuálidas encuentren encantador un cuerpecito rechoncho y de corta estatura.

Las consideraciones relativas al temperamento obran de un modo análogo y nos inclinan á preferir el temperamento contrario, con un ardor proporcionado al carácter más ó menos radical de nuestro propio temperamento. Cuando un hombre es perfecto en algo, no ama y busca la imperfección en aquello mismo; pero la tolera mejor que cualquier otro, puesto que por sí puede librar á la prole de semejante imperfección. Por ejemplo: á una persona muy blanca no le repelerá en absoluto el color aceitunado de la cara de otra, y claro está que al hombre de tinte aceitunado una mujer muy blanca le parecerá divina. El caso raro de que un hombre se enamore de una mujer muy fea, se presenta en los casos de armonía absoluta del grado de sexualidad respectivo, y cuando todas las anomalías de la mujer son opuestas á las del hombre, y las neutralizan por consiguiente. Tales amores suelen ser muy profundos.

La profunda atención con que el hombre examina y critica todas las partes del cuerpo de la mujer, y viceversa; la escrupulosidad con que analizamos de pies á cabeza á la mujer que empieza á agradarnos; la obstinación con que la preferimos, el cuidado con

que el novio estudia á su novia, las precauciones que toma para no engañarse sobre ningún pormenor, la importancia grande que concede al grado de perfección de las partes esenciales del cuerpo, son cosas que están en perfecta armonía con la gravedad del fin que se persigue, pues el hijo futuro tendrá que llevar toda la vida la herencia de tales cualidades; si el talle de la madre está deformado, por ejemplo, el hijo podrá heredar una joroba y las consecuencias serán semejantes cuando se trate de otras imperfecciones. Los amantes no tienen conciencia de esto, y creen que lo riguroso de su elección obedece á su propia voluptuosidad (la cual no está interesada en este negocio). Pero la elección se hace tal como la pide, dada la conformación de cada uno de los amantes, el interés de la especie, pues la misión secreta de los esposos es conservar el tipo humano con toda la pureza posible. El individuo trabaja sin saberlo en aras de un fin superior, en bien de la especie: de ahí la importancia que da á cosas que, como individuo, deberían serle indiferentes. Hay un no sé qué particular en la seriedad con que se miran dos jóvenes de diferente sexo, en las miradas encantadoras que se cruzan entre ellos, en el examen cuidadoso á que recíprocamente someten todas las facciones de sus rostros y todas las partes visibles de sus cuerpos. Este análisis, este estudio es la meditación del genio de la especie sobre el individuo que puede nacer de aquella pareja y sobre la combinación de sus cualidades. El resultado de esta meditación gradúa la simpatía y los deseos mutuos. La simpatía amorosa puede desaparecer aun después de haber tomado mucho cuerpo, si súbitamente se descubre alguna particularidad, ignorada hasta entonces, y que produzca el efecto contrario.

En todos los individuos aptos para la reproducción, el genio de la raza medita sobre la generación futura. Las cualidades de ésta son la gran obra en que se emplea toda la actividad de las especulaciones y meditaciones de Cupido. Ante el interés y la gravedad que reviste el cuidado de conservar la especie por medio de las generaciones futuras, los intereses de los individuos y su efímero conjunto son cosa absolutamente baladí, y el genio de la raza está dispuesto siempre á sacrificarlos sin contemplaciones. La especie es á los individuos lo que un inmortal á los mortales, y los fines de la primera guardan con los fines de los segundos la relación que hay entre lo infinito y lo finito. Por eso el genio de la raza, fortalecido por la conciencia de que administra intereses de índole infinitamente más elevada que los que afectan á la suerte, desgraciada ó feliz, de los individuos, prosigue su obra con ecuanimidad sublime en medio del estruendo de la guerra, del tumulto de los negocios, de las calamidades de la peste y hasta en la soledad del claustro.

Hemos dicho ya que la intensidad del amor crece al par que su individualización, mostrando cómo la organización corporal de dos individuos puede ser tal, que el uno sea el complemento especial y perfecto del otro, para combinar en toda su integridad el tipo de la especie, lo cual trae como consecuencia el que cada uno de estos dos seres, busque exclusivamente la posesión del otro. La pasión que en estas condiciones se produce es grande, y por lo mismo, que no tiene más que un solo y único objeto: reviste cierto carácter de grandeza y dignidad, como si representara un mandato particular de la especie. Las razones contrarias hacen que el mero instinto sexual sea un sentimiento vulgar, puesto que sin pararse en elecciones ni prefe-

rencias individuales, se satisface con cualquier objeto y quiere conservar la especie en la cantidad, sin mirar la calidad.

A veces, la individualización del amor llega á ser tan intensa y toma proporciones tales, que si la pasión amorosa no puede satisfacerse, todos los bienes de este mundo y hasta la vida misma pierden su valor á los ojos del amante desdichado. El deseo de la posesión de la persona amada va creciendo y adquiere una vehemencia superior á la de todas las demás pasiones; dispone al hombre á todos los sacrificios, y si se le quita toda esperanza de lograrlo, le arrastra á la locura ó al suicidio.

Además de las consideraciones que hemos expuesto, debe de haber otras menos fáciles de desentrañar, que expliquen estas grandes pasiones. Hay que admitir que en esos casos, no son sólo las cualidades físicas las que se armonizan, sino también la voluntad del hombre y la inteligencia de la mujer, de tal suerte y en forma tan especial, que acaso aquella pareja es la única que puede engendrar cierto individuo determinado, cuya existencia está en las miras del genio de la especie, por razones inaccesibles á nuestra inteligencia, dado que pertenecen á la esencia de la *cosa en sí*. Hablando más claramente, la voluntad de vivir quiere objetivarse en estos casos en una criatura determinada, que sólo puede nacer de dos determinados padres. Esta aspiración metafísica de la voluntad en sí, no tiene más esfera de acción en toda la escala de los seres que los corazones de esa pareja, por eso ambos corazones anhelan con apasionado ardor lo que creen es objeto de sus propios deseos, cuando en realidad el fin que persiguen es realmente metafísico, es decir, que está fuera del conjunto de cosas existentes en la actua-

lidad. Así ese impulso, derivado de la fuente primera de toda existencia, que empuja hacia la vida al ser todavía no concebido, es lo que en el mundo real se manifiesta en la pasión amorosa de los futuros padres, los cuales desprecian todo lo que no sea su amor. El amor obra como una de las más poderosas ilusiones, puesto que el amante aprecia más que todos los tesoros de la tierra la posesión de la mujer á quien adora, y en brazos de la cual no hallará, sin embargo, mayor deleite que en los de cualquier otra mujer. La prueba de que la explicación es la que decimos, es que estas grandes pasiones, como todas las demás, no tardan en extinguirse después de la posesión, con no poco desencanto de los amantes. También se extinguen por otras razones, entre ellas la esterilidad de la mujer (que, según Hufeland, puede obedecer á diez y nueve causas accidentales, debidas á un defecto de conformación), pues entonces la realización del fin metafísico se hace imposible. Sucede en este caso, lo que ocurre con los millones de gérmenes que vemos perecer á cada instante y en los cuales aspiraba á la vida el mismo principio metafísico; pero para consolarse, la voluntad de vivir tiene por delante una eternidad de tiempo, de espacio y de materia; por consiguiente, una infinidad de ocasiones de manifestarse.

Theofrasto Paracelso no estudió este tema del amor, y mis puntos de vista filosóficos son muy diferentes de los suyos. Sin embargo, parece que una luz repentina le hizo entrever algo semejante, á lo que pienso, pues en mitad de un asunto completamente distinto y saltando de una materia á otra como acostumbra este autor, enuncia la curiosa aserción siguiente: «Hi sunt, quos Deus copulavit, ut eam, quae fuit Uriae et David, quamvis ex diametro (sic enim sibi humana mens per-

suadebat) cum justo et legitimo matrimonio pugnaret hoc... sed propter Salomonem, qui aliunde nasci non potuit, nisi ex Bathsebea conjuncto David semine, quamvis meretrice, conjunxit eos Deus.» (*De Vita longa*, I, 5.)

Esta pasión del amor, este *ἔρως*, que los poetas de todos los siglos no cesan de cantar en mil formas diferentes, sin conseguir agotar la materia, ni elevarse á toda su altura; ese deseo que nos representa en la posesión de la mujer amada la imagen de una felicidad sin límites ó que ve un dolor inexpresable en no poder conseguirla; estos deseos y dolores del amor no pueden recibir su esencia de las necesidades de un individuo pasajero. Son la sonrisa de alegría ó el gemido lastimero que exhala el genio de la raza, cuando gana ó pierde un medio insustituible de realizar sus fines. La especie en sí tiene una existencia eterna y dispone, por consiguiente, de deseos infinitos, eterna fuente de dichas y dolores. Pero ese infinito está preso en el estrecho recinto de un corazón mortal; ¿qué tiene de extraño que parezca que va á estallar y que no encuentre expresiones para manifestar todas las voluptuosidades infinitas que espera ó todos los dolores infinitos que teme? De esta fuente de inspiración se nutre la poesía erótica elevada, cuando se cierne sobre lo terreno y se expresa en metáforas trascendentes. Este es el tema de Petrarca, esta la madera de los Saint Preux, los Werther, los J. Ortis, que de otro modo no podríamos comprender. Pues este exagerado valor que se atribuye á la persona amada no puede fundarse sobre ningún mérito intelectual, ni sobre ninguna cualidad objetiva y real, puesto que ni siquiera suelen conocerse bien los amantes, como ocurría en el caso del Petrarca. Únicamente el genio de la espe-

cie puede apreciar de una ojeada el valor que tienen un hombre ó una mujer para la realización de sus fines. Por eso las grandes pasiones suelen nacer de repente, á primera vista. Con razón dice Shakespeare:

¿Amó por ventura, quien no amó á primera vista?

Mateo Alemán, en su famosa novela *Guzmán de Alfarache*, escrita hace más de doscientos cincuenta años, ha escrito un curioso pasaje sobre este punto: «No es necesario, para que uno ame, que pase distancia de tiempo, que siga discurso, ni haga elección, sino que con aquella primera y sola vista, concurren juntamente cierta correspondencia y consonancia ó lo que acá solemos vulgarmente decir una *confrontación de sangre*, á que por particular *influxo* suelen mover las estrellas.»

Asimismo, no hay dolor más cruel para el amante apasionado, que el de perder á la persona amada, viéndola muerta ó en poder de un rival, porque este dolor es de naturaleza trascendente y no le hiere sólo como individuo, sino también en su *essentia æterna*, en la vida de la especie, en nombre y por voluntad de la cual se guiaba en su pasión. La misma razón explica los tormentos y la ira de los celos; ceder la persona amada es el mayor de los sacrificios. Un héroe se avergüenza que lanzar otras quejas que las del amor, pues con éstas no es él quien se lamenta, sino la especie. En *La Gran Zenobia* de Calderón, hay en el segundo acto, una escena entre Zenobia y Decio, en que éste exclama:

«Cielos, ¿luego tú me quieres?  
Perdiera cien mil victorias  
Volviérame, etc.»

Hasta el honor, que vence los demás estímulos, es

vencido por el amor, es decir, por el interés de la especie, pues el interés individual, por grande que sea su importancia, carece de valor comparado con el de la especie. Honor, deberes, fidelidad, ceden ante éste, después de haber triunfado de todas las demás tentaciones y hasta de la amenaza de la muerte. En la vida común, donde es más raro hallar delicadeza de conciencia es en el amor; los hombres más leales y más rectos no se detienen ante el adulterio, cuando el amor, ó sea el interés de la especie, los domina. Diríase que en este caso creen poseer títulos superiores á los que pueden conferir los intereses puramente individuales, puesto que obran según las intenciones de la especie. Chamfort hizo acerca de esto una observación que merece ser consignada. «Cuando un hombre y una mujer sienten una pasión violenta el uno por el otro, me parece que sean cualesquiera los obstáculos que los separen, marido, padres, etc., se pertenecen ambos amantes, por la misma naturaleza; se pertenecen de derecho divino, á pesar de las leyes y los convencionalismos humanos.» Si algún lector se escandaliza, le recordaré el pasaje del Evangelio en que el Salvador trata con tanta indulgencia á la mujer adúltera, y presume la misma falta en todos los presentes.

Casi todo el *Decamerón* mirado desde este punto de vista, es una amarga ironía del genio de la especie, que se burla de los intereses individuales y los pisotea implacablemente. Las diferencias de condición social y todas las circunstancias análogas, son descartadas con la misma facilidad y miradas como nulas, cuando se oponen á la unión de dos seres que se aman apasionadamente. El genio de la especie, atendiendo á sus miras que afectan á innumerables generaciones futuras, barre como briznas de paja todas las convenien-